

300 años de la Masonería Universal

Conferencia pública de la Gran Logia Femenina de Chile
Sebastián Jans Pérez

Introducción

Hace 300 años fue fundada la Gran Logia de Londres, primer antecedente de lo que llamamos Masonería o Francmasonería. La Masonería es la Masonería, en su esencia, desarrollo y carácter, y cualquier apellido que le pongamos nos puede llevar por caminos que no son sino la continuidad de afirmaciones que rayan en la especulación inconducente.

Es lo que nos deja la historia y la constatación concreta.

Los antecedentes historiográficos señalan que cuatro logias concurren a dar nacimiento a la Gran Logia de Londres. Hay indicios de que puede haberse dado el caso de que la formación de aquellas logias fundadoras haya sido *ad hoc*, es decir, que se hayan formado para luego constituir aquella primera Gran Logia, piedra fundante de lo que entendemos como la Masonería que conocemos y practicamos.

El ambiente preambular de la fundación de la Masonería

Para entender históricamente el nacimiento de la Masonería, recordemos las enormes tragedias que marcaron el siglo XVII, en que tantas y tantos murieron, a los que fueron perseguidos, encarcelados, mutilados, violados, heridas gravemente o asesinados, en nombre de opciones políticas sustentadas en alguna de las religiones que pretendían la hegemonía y el poder y las ambiciones de las casas reales que caracterizaron el absolutismo.

Cuando se analiza el siglo XVII, preambular del nacimiento de la Masonería, es imposible no considerar los hechos que, desde otro ámbito, marcan su trascendencia extraordinaria en la historia humana, en el ámbito del esclarecimiento, y que señalan de manera importante, la actitud del hombre no solo como producto de sus ideas sobre Dios. Es el momento previo al llamado “siglo de la luz”, y donde se dan pasos importantes hacia una nueva comprensión de la

realidad, esta vez centrada en los seres humanos, antes que en la presunta verdad detentada en los clérigos y los administradores de la ignorancia.

El siglo XVII fue aquel en que Galileo irrumpe con su teoría astronómica, y en el que debió retractarse para salvar la vida; en que producto de la liberación del espíritu religioso, el hombre emprende grandes desafíos civilizadores; es el siglo en que se inicia la colonización de América; en que se realiza la primera cesárea, se descubre la circulación de la sangre y se efectúa la primera transfusión; en que diversos descubrimientos e invenciones matemáticas sobrevienen como resultado de la posibilidad de pensar más allá del determinismo de los credos religiosos.

Es el tiempo de Kepler, el momento en que irrumpe Newton, que consolida una nueva concepción del Universo; en que la Ilustración comienza a manifestarse en Europa, aplicando nuevos métodos de observación guiados por la inquietud del conocer, y donde muchos intelectuales afirmaron que todo puede ser desentrañado por la mente humana si ésta utiliza la razón y el método de la ciencia.

Es el momento de consolidación de los Estados Nacionales europeos, que se habían instituido en el siglo XVI, y tras los cuales el componente religioso será determinante. En ellos, en torno al rey se une una nación que debe reconocer una religión exclusiva, que obliga a sus súbditos a respetar y obedecer.

Sin duda, el acontecimiento con implicancias religiosas más determinante en el siglo que nos ocupa, es la Guerra de los Treinta Años, la primera guerra europea, desde conceptos nacionales y que sintetiza de un modo dramático las luchas entre católicos y protestantes. Sin embargo, para algunos historiadores europeos, es el conflicto que determina el proceso de inflexión entre el predominio socio-estructural de la religión, el que pasa a ser sustituido por la política, y donde los protestantes adquieren su derecho a existir pacíficamente en el escenario europeo.

Los inicios de la guerra, en 1616, estuvieron en el enfrentamiento entre los príncipes y regentes de los pequeños estados alemanes, agrupados según su adhesión religiosa en la Unión Evangélica y la Liga Católica, en el seno del Sacro Imperio Romano Germánico, que se encontraba en sus últimos estertores. Ello fue el comienzo de un conflicto que arrastró a toda Europa Central y Escandinavia, por el norte, hasta España por el oeste.

Aquel conflicto devastador tuvo las dos caras de la moneda: una, la negativa, la guerra misma y su desolador efecto en Alemania; la otra, la positiva, que la paz pactada, garantizó la diversidad religiosa entre los contendientes, que reconocieron

el derecho de los protestantes a ser respetados, lo que traerá enormes consecuencias culturales para Europa y la Humanidad.

Gracias a ello, Europa evolucionó en todos los aspectos, y la Modernidad entró derechamente para bien del pensamiento, de la ciencia, de las artes, y una nueva concepción del mundo y de la realidad fue posible, algo que bajo el atávico predominio católico no habría tenido lugar.

Inglaterra y Escocia, en tanto, no eran una excepción, debido a los procesos que venían en desarrollo, desde el siglo XVI, donde el reinado de Jacobo VI de Escocia, luego conocido como Jacobo I de Inglaterra, destacado por su gran ilustración y por promover un periodo de florecimiento intelectual notable, no logró superar los rencores entre católicos y protestantes, estos últimos expresados en distintas identificaciones, producto de las diferentes doctrinas e intereses que contenían. Su hijo y rey, Carlos I, terminó decapitado en medio de las conspiraciones de los católicos escoceses y de los puritanos ingleses, y con las dudosas intervenciones presbiterianas, que produjeron dos guerras civiles.

Desde la dictadura o protectorado de Cromwell (1653-1658), hasta que el primer Rey Jorge asumió el trono de Gran Bretaña e Irlanda, fundando la dinastía Hannover, el Reino Unido fue un territorio asolado por la guerra y la violencia política emanada de facciones religiosas.

Nadie con espíritu progresista puede haber soportado por toda la vida tales confrontaciones. Sin duda debía haber precursores de una nueva realidad. Creo que las cuatro logias de Londres, que dieron aquel paso histórico en la noche de San Juan de 1717, fueron precursores de un nuevo tiempo. ¿Cómo unir a tantos que se seguían odiando? ¿Con una religión en su comprensión primaria, o con una religión en su comprensión de trinchera, que tantas tragedias afectaban por un siglo de luchas políticas devastadoras? Tal vez con una religión en que todos estuvieran de acuerdo.

Masonería: su verdadero origen.

A pesar de las confrontaciones religiosas que habían determinado los procesos políticos del siglo 17, la realidad inglesa mostraba un creciente esplendor económico en su fase pre-industrial, lo que se vio incrementado por el comercio con las colonias y por el incendio de Londres. En los ambientes culturales, los reyes

jacobitas, de espíritu ilustrado, habían favorecido el desarrollo del conocimiento, a pesar de su condición católica. Muchos historiadores masones ven en ello la particularidad en que se desarrolla el catolicismo en Escocia, y su equidistancia con los desarrollos del papismo centro-europeo.

Inglaterra, que tenía un mayor desarrollo económico y comercial, provocó la migración hacia sus ciudades. Sin duda, ello significaba que había un peso en las tradiciones culturales que agobiaba a quienes querían tener una nueva oportunidad, o una vida distinta a las raíces arcaicas.

En ese ambiente, aparecieron hombres lúcidos capaces de interpretar en el pensamiento y en las prácticas asociativas civiles, trayendo aquello que muchos deseaban: una sociedad más tolerante.

Es así como, bajo el reinado de Carlos II, se constituyó una de las instituciones más relevantes, no solo para la realidad científica y filosófica inglesa, sino para la civilización europea de su tiempo, y que impactará también en el desarrollo intelectual del siglo XVIII: la Sociedad Real de Londres para el Avance de la Ciencia Natural, vulgarizada en español como “Real Sociedad” y en inglés como “*Royal Society*”.

Fue el primer faro de luz para escapar de aquella forma de convivencia basada en la brutalidad facciosa. Su antecedente inmediato era la Sociedad Invisible, formada a mediados del siglo XVII, inspirada por Theodor Haak, que se reunía en la casa de Jonathan Goddard, un hombre amante de la ciencia y la búsqueda del conocimiento, quien facilitaba su residencia para las reuniones aún fuera de cualquier formalidad legal de la época, que tenía estrictas reglas reales para evitar que se efectuaran reuniones conspirativas contra la corona.

Comparto la idea de aquellos que piensan que la *Royal Society* determinó de manera importante a la Masonería, en su proceso fundacional. Aún más, no es casualidad que miembros de aquella institución que buscaba desentrañar los misterios de la naturaleza, se hubiesen vinculado a esta naciente forma de asociación. No es casualidad que algunos de sus miembros siguieran ciertas investigaciones que tenían que ver con tradiciones que luego sirvieron para modelar los contenidos masónicos. No es casualidad que quien en ese momento ejercía como presidente de la Real Sociedad, Isaac Newton, se haya dedicado a estudiar paralelamente la simbología y los alcances arquitectónicos del templo de Salomón, que tendrán tanta relevancia para perfilar el mito hirámico.

Comparto la idea de que varios miembros de esa sociedad de hombres de ciencia creyeron necesario desarrollar, en la sociedad civil, una organización que reprodujera de algún modo, los ideales y el ambiente que se vivía en aquella institución de hombres libres dedicados a desentrañar los códigos del árbol de la naturaleza.

Entre los nombres relevantes que están en el proceso de fundación y consolidación de la Gran Logia de Londres podemos mencionar a William Stukeley, a Elías Ashmele, a Christopher Wren, constructor de la catedral de San Pablo de Londres y de más de cincuenta edificios públicos e iglesias, después del incendio de Londres; a Jean Theophile Desaguliers, predicador presbiteriano, físico, estrecho colaborador y amigo de Sir Isaac Newton.

Desaguliers fue una extraordinaria personalidad intelectual y científica, divulgador de las ideas de la Royal Society, y el único es su historia que recibió tres veces la *Medalla Copley*, instituida a partir de 1731. Nuestro personaje la recibió en 1734, 1736 y 1741, en mérito a aportes investigativos concretos en bien de la ciencia. Desaguliers fue el nexo de un pensamiento objetivo de aquella entidad científica – la Real Sociedad - con la naciente masonería, y la influyó en sus contenidos y definiciones.

Ingresó y presidió una de las logias que participó en la fundación de la Gran Logia de Londres, cuyo nombre era *Salomon's Temple*, seguramente bajo inspiración newtoniana, y dos años después ya la estaba dirigiendo como Gran Maestro, y ejercía esa condición cuando Anderson redactó la definición de 1723, en la que se le reconoce la condición de co-redactor.

Sabemos que la idea de la Masonería se propagó con extraordinaria rapidez. En 1728 ya existía una Gran Logia de Francia y en Madrid ya se había fundado una primera logia. En 1733 surgen logias en la península itálica y en 1735 en Suecia. En 1742, surge la primera logia austriaca. En tanto, en 1749 se creaba una logia en Alemania, la Logia de los Tres Globos, madre de las demás que le siguieron.

Las explicaciones de esa difusión tienen que ver con lo que pretendía y que especificaría en su primera Constitución, escrita por James Anderson, que contenía aquella formidable definición: *“Aunque antiguamente se obligaba a los masones a pertenecer a la religión del país o nación en que viviesen, se ha creído ahora más acertada el que acepten la única religión en que todos los hombres están de*

acuerdo, dejándolos en libertad de formar opinión por sí mismos. Esta religión consiste en ser hombres buenos, veraces, honrados y honestos”.

Ello ponía a la naciente Masonería en el centro de la condición espiritual de los adelantados de su tiempo, y en aquel movimiento espiritual que cambiaría la historia humana: la Modernidad.

Hoy día muchos despotrican o denostan contra la Modernidad, homologándola con fabulas y sofismas, y no pocas veces con falacias de origen confesional. Tratan de ocultar que la modernidad ha sido lo que ha permitido al hombre emanciparse de las cadenas de las tradiciones arcaicas, de las concepciones absolutas, del error y los determinismos. La modernidad fue el ambiente que permitió la emergencia de la libertad como un derecho. Sin la modernidad no habría habido una Declaración de los Derechos del Hombre y luego una Declaración Universal de los Derechos Humanos. Sin ella la razón no habría surgido como construcción moral alternativa a un mundo social evaluado desde la lógica del pecado. Sin modernidad no se habrían manifestado el humanismo, la exploración filosófica y la investigación científica. Sin la Modernidad aún estaríamos en la Edad Media.

Sin duda, la Masonería fue producto de la inspiración de la Modernidad y su vehículo espiritual de propagación. De este modo, la Masonería, en su esencia fundacional, representará el fin de un mundo determinado por factores ajenos al hombre.

Pronto, en esa difusión acelerada, hubo mujeres que se sumaron a las logias. Sin embargo, aquella presencia fue fugaz y muchas veces solo expresión de circunstancias muy especiales. Institucionalmente solo se manifiesta en 1882 con el surgimiento la Masonería mixta o Le Droix Human. Un paso definitivo al mundo de la igualdad, se producirá en 1952, la Unión Masónica Femenina de Francia se convirtió oficialmente en la Gran Logia Femenina de Francia, que adoptó el Rito Escocés Antiguo y Aceptado en 1959.

El sentido de lo Masónico. El presente.

Transcurridos 300 años de su fundación, como un movimiento espiritual, iniciático y humanista, es bueno recabar en su propósito fundamental, que la ha

hecho una organización única en las sociedades humanas. Es importante recordarlo, cuando – muchas veces – se le asignan tareas que no corresponden al concepto que la distingue y la hace navegar por las agitadas aguas de la historicidad humana desde el siglo 18 hasta hoy.

La Masonería tiene objeto la formación iniciática de sus miembros. Y cuando hablamos de formación iniciática debemos entender que se trata de aquel proceso de cambio, gradual, donde quien recibe la Luz Masónica adquiere conocimientos que paulatinamente irán produciendo la transmutación de la profanidad a la condición masónica. Así ligamos la idea concreta del proceso iniciático con el simbolismo jánico, con la vida masónica.

La imagen de Jano, para quien ha recibido la Luz de la Iniciación, tiene al menos dos perspectivas en nuestro universo interpretativo simbólico: aquella, tradicional y helenística, que dice que una cara mira al pasado y la otra al futuro, y otra que indica, masónicamente, que una cara mira hacia adentro y la otra hacia afuera, una es una visión endoteia y la otra exoteia.

Solo en la medida que sepa mirar su historia pasada, el iniciado en los misterios de la Masonería, podrá mirar y comprender lo que puede depararle el futuro, porque el futuro es simple consecuencia del pasado, y el presente el fugaz momento en que se expresa la coherencia que une los dos rostros jánicos.

Ello se aplica en la misma dualidad, con la segunda lectura, la exoteia del simbolismo de Jano. El iniciado mira hacia adentro, pero debe también mirar hacia afuera. Somos seres sociales que tenemos un pie en cada universo de la realidad humana, la interna y la externa, y para quien recibió la Luz de la Iniciación ello tiene la enorme responsabilidad de saber mirar, en cada momento, la conciencia y el medio en que vive y convive.

Ese proceso masónico no se puede vivir sino en la medida que haya un espacio matrízico que contenga la naturaleza masónica y por lo mismo, sin que sea el ambiente propicio donde se desarrolla la conciencia masónica, para nacer al mundo humano con la condición espiritual y material que debe caracterizar al iniciado en nuestras prácticas y doctrinas.

La logia es la matriz de toda formación iniciática masónica, efectivamente. Sin logia, no hay Iniciación Masónica, pues, es el único lugar donde se concede el don y el privilegio de la Iniciación, y por lo tanto, los tres grados simbólicos que permiten la cualidad masónica.

Lo que hace la Logia, por sobre cualquier propósito e idea, es crear la base ética que los masones deben construir para toda su actividad y acción, tanto individual como colectiva, tanto interna como externamente. Es en la logia donde debe construirse la ética masónica, es allí donde deben consolidarse las prácticas posibles en los aconteceres humanos, a través de ejemplo, de la aplicación constante de los valores, hasta que estos plasmen en virtudes concretas en la conciencia individual de cada uno de los miembros del Taller.

Construir la ética masónica significa hacer de los valores masónicos una manifestación y arraigo virtuoso de ellos en cada uno de los masones que integran la Logia. Esas virtudes deben plasmarse en una forma de hacer logia, tanto para bien de sus miembros como para bien de la comunidad del entorno espacial de la casa masónica (el vecindario, la comuna, la ciudad, la región, etc.).

Si esa ética se encuentra perfectamente asentada, consolidada y asumida como una cotidianidad en el seno logial, sin duda, ella ira irradiándose en las prácticas, las formas, las conductas, que se manifestarán en el quehacer de los masones en extramuros, contribuyendo a todo lo que una sociedad requiere para acoger una acción civilizadora, donde el hombre haga posible su realidad de tal.

La Masonería, entonces, se realiza en la Logia, en tanto ella es la constructora por excelencia del hecho masónico en la comunidad. La ética que allí se construya será la que cada uno de sus miembros aportará a la vida familiar, a la vida laboral, a la vida relacional de la amistad, de las actividades propias de la sociedad civil, y luego de la sociedad política.

Relacionar la realidad de la sociedad, de la comunidad, con lo que son los contenidos masónicos, a través de una doctrina y una práctica conductual irrefutable – a través de una ética concreta -, viene a ser entonces la labor más importante de una logia, y ninguna de las cuestiones planteadas como usos y costumbres tiene sentido, si esto no aparece como una cuestión determinante.

Construimos personas de paz, construimos personas buenas, construimos conductas decentes, no para la sublime contemplación intramural, sino para que estas se hagan realidad en la sociedad, en la Humanidad, con los más puros ideales de nuestra doctrina, expresados en tolerancia, fraternidad, caridad, libertad, justicia, igualdad, en fin, humanismo.

El Plan de la Masonería

Desde la noche en que nos iniciamos, la impronta del trabajo marca el propósito y contenidos de las doctrinas y prácticas de la Masonería. Seguramente está en nuestra profunda latencia aquellas expresiones que hablan de un grupo de personas serias y honradas, constituidas en familia merced al vínculo de una sana fraternidad, que trabajan por extender esa fraternidad a todos los ámbitos del mundo, trabajo que adquiere para cada uno de nosotros un plan coherente.

La delimitación de nuestro quehacer, su alcance y profunda proyección, que traspassa los límites de cualquier tiempo y lugar, nos indica que, taxativamente, la Masonería considera el trabajo, en todas sus manifestaciones como uno de los deberes y uno de los derechos esenciales del hombre y del medio más eficaz para el desenvolvimiento de la personalidad, contribuyendo con ello al progreso social.

El plan de la Masonería está señalado por una impronta de realización efectiva: la simbolización de una piedra bruta que debemos pulir y desbastar para eliminar las toscas y burdas aristas que la mantienen informe y deforme respecto de todo propósito de integración o comunión con cualquier propósito constructivo.

Y aquí viene a establecerse aquella dimensión del propósito masónico, que indica que todo individuo que está adherido a esta comunidad espiritual, tiene la tarea de trabajar en el desbaste de esa piedra bruta, para que ella adquiera un condición de pulimento que tenga como resultado que ese material posea la cualidad de adaptación a una obra común.

Y es en ese determinismo iniciático donde tenemos que abordar la naturaleza primaria de nuestro plan de trabajo, en un proceso de profunda introversión donde debemos conocer nuestra personalidad más allá de sus convicciones profanas, adentrándonos en una lógica de introversión que permita identificar los aspectos que hacen de nuestro YO, un material espiritual que tiene aristas o componentes que le impiden adaptarse a condiciones superiores de construcción moral.

Para ello recibimos las adecuadas herramientas, a partir de un mandil de piel blanca, para cubrir nuestro plexo solar de las aristas del material que debemos trabajar. La dimensión esotérica de nuestra formulación deja para la búsqueda de cada cual las necesarias herramientas para la realización de su trabajo, que toda lógica de trabajo en el conocimiento humano llevará a la necesidad de empuñar un mazo y un cincel para trabajar la piedra simbólica de nuestra profana espiritualidad.

Así, se presenta el mayor desafío que debe ser abordado por quien es aprendiz en nuestras prácticas y doctrinas, en el ámbito de la comprensión de lo masónico: la necesidad de trabajar en la intimidad de su conciencia un plan de perfeccionamiento y búsqueda de la verdad.

En un viaje que cada iniciado debe realizar a lo más profundo de sí mismo, donde se encuentra la verdad de su propio existir y su ubicación en el mundo, su contextualización en la vida que a cada cual le corresponde vivir. Sin esa verdad, no es posible abordar realmente el sentido constructivo que la Masonería aborda en el contexto de las sociedades humanas. Sin esa identificación de la verdad que determina su existir, sinceramente, quien pretenda tener el reconocimiento masónico, no podrá nunca ser reconocido realmente como tal, y su transcurrir entre columnas estará señalado por el fracaso iniciático y por la persistente contradicción con los quehaceres logiales de cada día.

El Rito para quienes reciben la Luz de la Iniciación es considerado *un sistema de enseñanza*, que debemos tener como una referencia cierta y obligada. A través de Rituales, doctrinariamente nos señalan y dejan establecido los que cada cual debe perseguir en su plan de perfeccionamiento, en la etapa en que se encuentre.

Ellos nos dicen, de modo taxativo, que no reconocemos jerarquías sociales ni de fortuna, y que debemos ser personas honradas y dispuestos a trabajar por el bien de la Humanidad. Posteriormente se nos conmina a encender nuestro celo, a fortificar nuestra voluntad y a la adquisición de la verdad.

Es el comienzo de una axiología que se compone de un conjunto de valores, que deben ser parte de un proceso hacia la virtud, y que el Ritual nos va proponiendo dentro del proceso constructivo de una nueva conciencia y del obrar consecuente: fidelidad a las obligaciones contraídas, celo, voluntad, perseverancia, esfuerzo, prescindencia de las pasiones, prescindencia de intereses de círculos, reserva, propensión a la verdad, propensión a la justicia, seriedad, honradez, sinceridad, tolerancia, respeto a las creencias, amor al prójimo, caridad, tolerancia, rectitud reflexiva.

La virtud como el fin masónico

Ciertamente, un aspecto fundamental que debemos considerar en el proceso iniciático masónico dice relación con los alcances conductuales, con las acciones,

con lo que los rituales nos reclaman y nos compelen de modo determinante: la virtud. Es decir, una conducta que refleje la virtud de lo masónico.

En ese sentido, cito para Uds. la definición de VIRTUD que nos propone Ferrater Mora, para quien el concepto *“significa propiamente fuerza, poder, de donde viene el poder de una cosa, eficacia”*. En la identificación precisa del origen del concepto, nos recuerda que Aristóteles clasificaba las virtudes en prácticas y teóricas, o éticas y dianoéticas. Nos recuerda también que la clasificación y ordenación jerárquica de las virtudes fue también propugnada por el neoplatonismo, especialmente por Plotino. *“Éste – nos dice - distingue entre las virtudes llamadas civiles (que serían, en el lenguaje aristotélico, sensiblemente parecidas a las éticas), como la templanza y la justicia, y las virtudes purificadoras o catárticas, es decir, aquellas que, guiándonos en nuestro comportamiento racional, nos permiten hacernos semejantes a los dioses”*.

Luego Ferrater Mora afirma que: *“En su significación más generalmente aceptada, la virtud sigue siendo definida como la disposición o hábito de obrar conforme a la intención moral, disposición que no se mantiene sin lucha contra los obstáculos que se oponen a tal obrar, y por eso la virtud es concebida también, uniendo ambos sentidos, como el ánimo y coraje de obrar bien”*, recordando que para Kant la virtud tenía que ver con *“la fortaleza moral en el cumplimiento del deber”*.

La virtud como el hábito de obrar según una intención moral, desde luego que nos pone necesariamente en la reflexión ética. Siguiendo a Ferrater Mora, este nos recuerda que se ha definido con frecuencia la ética como la doctrina de las costumbres, sobre todo en las direcciones empiristas. *“La distinción aristotélica – señala - entre las virtudes éticas y virtudes dianoéticas, indica que el término “ético” es tomado primitivamente sólo en un sentido “adjetivo”: se trata de saber si una acción, una cualidad, una “virtud” o un modo de ser, son o no “éticos”*.

“Las virtudes éticas – señala - son para Aristóteles aquellas que se desenvuelven en la práctica y que van encaminadas a la consecución de un fin, en tanto que las dianoéticas son las virtudes propiamente intelectuales. A las primeras pertenecen las virtudes que sirven para la realización del orden de la vida del Estado - la justicia, la amistad, el valor, etc. - y tienen su origen directo en las costumbres y en el hábito, por lo cual pueden llamarse virtudes de hábito o tendencia. A las segundas, en cambio, pertenecen las virtudes fundamentales, las que son como los

principios de las éticas, las virtudes de la inteligencia o de la razón: sabiduría y prudencia. En la evolución posterior del sentido del vocablo, lo ético se ha identificado cada vez más con lo moral, y la ética ha llegado a significar propiamente la ciencia que se ocupa de los objetos morales en todas sus formas, la filosofía moral”.

En un sentido más moderno, creo que hay un gran aporte en la definición de la ética, en la reflexión propuesta por Habermas, - uno de los grandes exponentes de la Escuela de Frankfurt, que una de las referencias más relevantes del pensamiento laico del siglo XX - , quien la entiende en un sentido esencialmente dialógico, es decir construida a través del discurso, en lo que expresamos oralmente, a través del diálogo racional de los ciudadanos, de los miembros de una sociedad que buscan el entendimiento entre ellos.

Si para Kant el fundamento de la moral era la conciencia individual, la conciencia del deber, para Habermas la conciencia moral se construye en el medio social de la comunicación. Es el diálogo entre las personas lo que determina qué normas son éticamente correctas, donde siempre deben estar presentes las posibles consecuencias de lo propuesto. Es decir, una norma moral sólo será válida si es universalmente aceptada en su formulación y en sus consecuencias por los afectados por ella. En síntesis, si para Kant el imperativo moral tenía su origen en la razón; en Habermas, el imperativo moral está en el diálogo racional basado en el consenso. Moral y razón, desde todo punto de vista habermasiano, no pueden ser sino consecuencia de la convención adoptada por procesos de consenso social.

De este modo, el aspecto conductual viene a ser la manifestación y la expresión tangible del “para que somos masones”. Tratándose de una institución como la nuestra, lo que viene a ser relevante es tener dos aspectos muy presentes. El marco ético a partir del cual se inscribe la acción, y luego la acción misma. Esto es muy importante, ya que no podemos concebir a la Orden, sin una acción y sin que esa acción tenga un alcance y concreción más allá de nuestros templos.

El carácter de la acción y su determinismo ético es lo que hace distintivo al masón, y con ese trasfondo podemos dar una respuesta respecto de para que somos masones: lo somos para actuar en la sociedad de acuerdo a un contexto ético, capaz de determinar una intención moral.

Cuando hablamos de intención moral estamos, indudablemente, hablando de la virtud, porque toda acción que se desarrolle en la perspectiva del bien, en su

acepción moral, es decir, que se plantee en un sentido convencional aceptado por todos, trae consigo una condición virtuosa.

En ese sentido, trabajamos en Masonería para ser personas virtuosas, donde toda disposición a la acción debe ser, asimismo, virtuosa.

El futuro

Cuando se cumple un periodo dentro de las dimensiones cronológicas humanas, es natural pensar en el futuro. El futuro comienza en cada presente. El ser humano es un ser construido siempre bajo una constante de futuro. Todo lo que hacemos lo hacemos para el futuro. Desde lo más rutinario, lo más nimio, hasta lo más trascendente. De allí que, lo normal en cual organización humana, es el diseño de lo que nos da sentido futuro para lo que hacemos hoy.

La Masonería, hija y madre de la Modernidad, está conminada moralmente a plantearse el futuro, y no en sí misma, sino en relación a la Humanidad a la que espera servir, en cualquiera de las escalas en que ese ideal de realización humana se presente.

Si miramos la realidad de nuestro tiempo, comprobamos que muchos de los ideales de realización humana aún están pendientes aún en nuestro entorno. Los sistemas políticos aún siguen siendo insatisfactorios respecto de asegurar derechos fundamentales. En ese plano, los derechos de la mujer siguen estando condicionados a las herencias arcaicas del pasado. En muchos lugares del mundo incluso hay reversiones que resultan impensables dentro de los logros que en otros planos dicotómicamente podrían producir vanagloria.

Señalo, por ejemplo, lo que ocurre con la sociedad chilena y sus debates recientes en torno a los derechos de la mujer, que pretende seguir siendo tutelada por las visiones del pasado y las comprensiones particulares de algunos actores dentro del Estado.

Si miramos la realidad de la Humanidad actual, aún se sigue asesinando por creencias y apelaciones revelativas, aún se siguen violando mujeres y hasta lapidándose, producto de la brutalidad primaria o de creencias superadas por la razón; aún somete a la ignorancia y al hambre a millones de seres humanos.

En el horizonte, emergen nuevas amenazas para el humanismo. Las condiciones de vida de millones de personas, en el próximo futuro, estarán

determinadas por los problemas de las concentraciones urbanas, el fracaso del Estado para controlar la violencia, la precariedad y la gregariedad establecida sobre los más fuertes. El deterioro de los recursos producto de la sobreexplotación, y los efectos del cambio climático, traerán efectos que aún no podemos prever con certeza. Los efectos de la robotización aún están solo en los ámbitos de la sospecha. La sociedad humana pareciera que avanza hacia mayores desigualdades, producto de la creciente acumulación de la riqueza en paraísos fiscales libres del control de los Estados.

Sin duda, ello es parte de la reflexión serena de quienes creemos en la Humanidad como propósito de la acción humana.

La Masonería debe ser capaz de vislumbrar tales amenazas y conducirnos hacia la certeza de los caminos seguros de una moralidad y las legislaciones que preserven la condición humana desde los ámbitos de la autodeterminación personal.

Hace algunos años concurrí ante Uds., en una ocasión honrosa para mí, siendo Primer Gran Vigilante de la Gran Logia de Chile, a exponer los desafíos pendientes en la Masonería Universal, como movimiento espiritual humano, y señalaba algunos de los problemas que la condicionan y le impiden lograr sus propósitos desde una perspectiva efectivamente universal.

Ciertamente aún estamos lejos de ser efectivamente una Masonería Universal. Las determinantes de las regularidades siguen siendo un factor que condiciona el encuentro masónico desde sus respectivas peculiaridades y énfasis culturales. Sin duda, la interculturalidad propia de la Masonería, ha impedido que ella se realice.

Uno de los temas pendientes, sigue siendo como entendemos los Masones los derechos universales de la mujer respecto de la tradición masónica. Hace más de una década, la Gran Logia Unida de Inglaterra informaba a todas las Grandes Logias que reconoce, que sus templos estaban a disposición de las logias femeninas inglesas.

Tengo la personal convicción de que el mayor de los desafíos pendientes en la regularidad masónica establecida en 1929, debe ser resuelta en consonancia con los derechos universales establecidos por las convenciones internacionales sobre la mujer. Es un debate que pronto vendrá en las instancias en que los masones se encuentren a nivel internacional. Simplemente, porque la Masonería está más allá

de cualquier consideración de género, porque es humanista y fraternal. Esa es una realidad que ha impuesto e impondrá la vida, por sobre todo errado concepto tradicional en consideración. Como masón, expreso mi compromiso en torno a esa justa mirada.

¡Que así sea!